

...en el que un gato excepcional se encuentra en circunstancias excepcionales

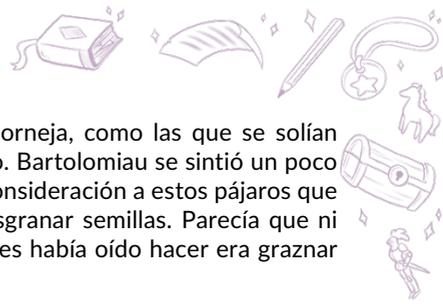
Bartolomiau abrió los ojos y vio un cielo inmenso. Al principio pensó que se trataba de un techo muy extraño, ya que nunca había salido al exterior.

Ese inmenso cielo azul, con nubes blancas como la nieve, le recordaba unas baldosas azules de un baño sobre las cuales alguien hubiera derramado leche. El gato incluso intentó lamer la leche del cielo, pero no funcionó.

Tuvo que levantarse, sacudirse y mirar a su alrededor. El gato parecía estar en medio de un campo. El césped se agitaba con el soplo de una ligera brisa y recordaba el oleaje del mar en marea alta. Por un lado, el campo lindaba con un bosque y, por el otro, se extendía hasta el horizonte. Sólo allí donde se dibujaba la línea del horizonte, se vislumbraban algunos árboles y casas. Parecía un pueblo o un asentamiento. Tras sacudirse y acicalar su pelaje con esmero, Bartolomiau decidió dirigirse hacia ese lugar. «Donde hay gente, hay comida. Y donde hay comida, allí voy yo» —pensó Bartolomiau, y siguió el camino polvoriento a través del campo en la dirección elegida.

Unos diez minutos más tarde, Bartolomiau vio una enorme piedra justo en medio del campo. Había algo escrito en la piedra, pero, al mirar de cerca las letras, Bartolomiau se dio cuenta de que no conocía el idioma. «No, no está nada claro» —pensó el gato a la vez que se disponía a seguir su camino. Entonces, como de la nada, un pájaro se posó sobre esta. El pájaro era grande y negro.





Al principio, Bartolomiau pensó que era una corneja, como las que se solían posar en el árbol bajo la ventana de su apartamento. Bartolomiau se sintió un poco decepcionado, ya que nunca había tenido en gran consideración a estos pájaros que no hacían otra cosa que posarse en un árbol y desgranar semillas. Parecía que ni siquiera conocieran ningún lenguaje. Lo único que les había oído hacer era graznar de forma incoherente y molesta.

Mientras tanto, la enorme corneja no le quitaba el ojo al gato.

Instintivamente, el gato también la miró y le preguntó:

— Oiga, señor... ¿o señora? Desgraciadamente no sé ni su sexo ni su edad, pero ¿puede decirme qué dice este adoquín gigante?

La corneja se posó sobre su otra pata, miró la inscripción en la piedra y luego volvió a mirar al gato.

— Es inútil. Parece que este pájaro es igual de estúpido que los que se posan frente a mi ventana —dijo el gato, y estuvo a punto de seguir su camino. Pero en ese momento la corneja habló:

— ¡Croc!... No sé lo que dice.

El gato se giró lentamente, miró a su alrededor y preguntó:

— ¿Has sido tú el que ha dicho eso?

— ¡Croc! ¡Quiero decir que sí! —respondió la corneja, y miró también a su alrededor, por si acaso— ¿Por qué? ¿Hay alguien más aquí?

— No. No sabía que las cornejas sabían hablar.

— No soy una corneja. ¡Croc! Soy un cuervo.

— Ah, ahora ya entiendo por qué eres tan grande. Dime, cuervo, ¿tienes nombre?

— Ah... ah... ah... ¿Nombre? ¿Mi nombre? ¿Quieres saber mi nombre?

— Sí, tu nombre —dijo el gato, pensando para sus adentros—. «Ciertamente has aprendido a hablar, pero no eres más listo que tus amigos del árbol».

— *Nonombre.*

— Un nombre en lenguaje mágico. Interesante —dijo el gato, pensativo—. Entonces, ¿conoces el lenguaje mágico?

— No —dijo el cuervo, y agachó la cabeza—. Intenté estudiarlo una vez, pero nunca llegué a hacerlo. Es una historia demasiado triste. ¡Croc! —dijo el cuervo.

— De acuerdo. Ya me lo contarás en otro momento. Por ahora ya tengo suficientes historias tristes —respondió el gato.

— ¿Cuál es tu triste historia? —preguntó el cuervo.

— Me encuentro en medio de la nada y no sé cuándo voy a encontrar algo de comer.

El gato, hambriento, miraba al cuervo y veía un plato de pollo frito en su lugar: su jugosa grasa se deslizaba sobre la crujiente piel, y el delicioso aroma de la carne frita le volvía loco. El gato estaba a punto de saltar para atrapar su almuerzo. Pero en ese momento el viento que soplaba desde el bosque paró y, en lugar de un pollo



frito, volvió a ver un cuervo sobre una piedra. El gato sacudió la cabeza y se frotó los ojos con las patas.

— Entonces, Nonombre, dime, ¿dónde puedo encontrar comida por aquí? Según mis cálculos, llevo horas sin comer y corro el riesgo de perder peso y morir de hambre. Y no me gustaría adelgazar ni morir.

— ¡Croc! Hay un pueblo a diez minutos de vuelo. Ahí es donde yo como. Acompáñame, creo que encontraremos algunas sobras para ti también.

— ¿Sobras? ¿Estás loco? ¡¿Qué sobras?! Yo sólo merezco lo mejor.

— ¿Croc? ¿Por qué? —preguntó el cuervo con humilde asombro.

— Porque soy un gato, ¡y los gatos se merecen lo mejor!

